

sar de los defectos, evitables unos é inevitables otros, en que esta versión abunda.

Estimando profundamente la distinción que Usted le otorga al acoger con benevolencia este trabajo, tiene el honor de ser de Usted admirador afectísimo,

q. b. s. m.

CONSTANTINO ROMÁN Y SALAMERO.

Paris, 5 de marzo de 1898.

INTRODUCCIÓN

Cuando entre los prosistas clásicos franceses se cita á los primeros maestros, á los que supieron revestir las ideas más originales, sólidas y verdaderas con estilo inimitable, envidiado hasta de aquellos que durante toda su vida se ejercitaron en el arte de escribir, á Felipe de Commines, Montaigne, la marquesa de Sévigné y el duque de San Simón, siempre se coloca á Montaigne en el lugar más honorífico. La prosa de los *Ensayos* es entre todas la más original, la más viva, la en que todo espíritu cultivado encuentra, sin necesidad de buscarlas ni de descubrirlas, mayor número de bellezas, encantos y sorpresas, reflejo fiel de uno de los entendimientos más perspicaces y analíticos que registran los anales literarios de todos los pueblos, filósofo, poeta y pensador original en cuantos órdenes de ideas su espíritu se detuvo ó ponderó.

Miguel Eyquem, señor de Montaigne, nació en el castillo de Montaigne (de donde sus ascendientes tomaron el nombre), en los confines del Périgord, el último día de febrero de 1533, entre once

y doce de la mañana ¹. Su padre descendía de una antigua familia de comerciantes de Burdeos; su madre era de origen español.

Todos los datos de su biografía, desprovista de grandes acontecimientos, se encuentran diseminados en los *Ensayos*, como también algunos de los relativos á su padre, de quien Montaigne nos habla con singular amor filial, cada vez que su nombre aparece citado en su obra.

Los primeros años de su infancia transcurrieron en los campos, al aire libre ², y como los que dirigieron su educación pensaron que el mucho tiempo empleado en el estudio del latín era la causa de que los escolares no llegaran á alcanzar « la perfección científica y el temple de alma de los antiguos griegos y romanos ³ », apenas salió de los brazos de la nodriza, su padre le encomendó á un preceptor alemán, quien sólo en aquella lengua le hablaba, con lo cual á la edad de seis años tuvo su latín « tan presto y á la mano » como el más consumado de los humanistas.

En el colegio de Guiena, uno de los más afamados de aquel tiempo, y cuyos profesores fueron los más célebres maestros de la época, permaneció hasta los trece años. El estudio del latín y la literatura latina constituían entonces la base de la educación de todos los adolescentes. Por el griego

1. *Ensayos*, lib. II, cap. III.

2. El buen padre que Dios me dió envióme desde la cuna, para que me criara, á un pobre lugar de los suyos, y allí me dejó mientras estuve al cuidado de la nodriza, y aun después, acostumbándome á la más baja y común manera de vivir: *Magna pars libertatis est bene moratus venter...* Su designio iba además á otro fin encaminado: quiso juntarme con el pueblo y la condición humana que ha menester de nuestra ayuda, pues consideraba que yo debía mirar mejor hacia quien me tiende los brazos que á quien me vuelve la espalda; por esta razón también en la pila bautismal me colocó en manos de gentes cuya fortuna era de las más abyectas, para á ellas unirme y obligarme. — *Ensayos*, lib. III, cap. XIII.

3. Libro I, cap. XXV.

se pasaba con rapidez extrema, y Montaigne nunca llegó á poseerlo, según lo declara en varios pasajes de su obra.

De sus estudios jurídicos no hay noticias precisas. No se sabe si los hizo en Burdeos ó en Tolosa, pero de todos modos es lo cierto que se consagró en cuerpo y en espíritu al derecho, si no por gusto, por necesidad, y que se graduó en leyes, pues desde muy temprano perteneció á la magistratura de Burdeos. Sábese también que este importante cargo no satisfizo sus ideales, y que lejos de inspirarle amor le cansó al poco tiempo de ejercerlo, á pesar de encontrarse en aquel cuerpo en su verdadero medio social, de contar en él parientes y de haber conocido allí á su amigo Laboëtie, con el cual contrajo una amistad, aunque poco duradera, de memoria indeleble. Después de la muerte de su amigo, Montaigne sólo buscó una ocasión propicia para abandonar la magistratura, y así lo hizo cuando murió su padre en el mes de julio de 1570. Cinco años antes había contraído un matrimonio « de razón » con Francisca de la Chassigne, hija de uno de sus colegas en la magistratura.

Una vez ganado el sosiego espiritual que ansiaba, recogióse en su pacífica morada « en el año de Nuestro Señor (1571), á la edad de treinta y ocho años, víspera de las calendas de marzo, aniversario de su nacimiento; hastiado de largo tiempo atrás de la esclavitud del parlamento y de los públicos empleos, para reposarse en el regazo de las doctas vírgenes, en medio de la seguridad y la calma, y vivir así el tiempo que le quedaba de vida, consagrando al reposo y á la libertad el agradable y sosegado aposento herencia de sus antepasados ».

Así reza una inscripción latina que colocó Montaigne en la pared de su gabinete para que el recuerdo de su determinación permaneciera grabado en su memoria. Mas no hay que creer al pie de la letra este propósito tan radical, ni figurarse á Montaigne encerrado en su vivienda como un ermitaño. « Lo que Montaigne quiere significar, y su vida lo prueba de sobra, es que había ya suficientemente vivido la existencia activa; que su ambición nada esperaba de ella; que la idea de escribir se le había metido entre ceja y ceja, y que, este propósito formado, creía bueno sustraerse á los empujones diarios de la existencia que se vive, ya en la corte, ya en las ciudades. » Contando más con los naturales recursos de su espíritu que con los de la erudición ¹, en la cual le sobrepasaban muchos de sus contemporáneos, y él bien lo sabía, decidido á ser « él mismo », á respetar en su estilo hasta los idiotismos que tanto escandalizaban á Esteban Pasquier ², ninguna necesidad tenía de permanecer como literato sólo al alcance de los doctos de la época, ó de las bibliotecas, que alimentaban los temibles infolios de éstos.

Aunque no abiertamente, Montaigne se burla de la erudición, considerando como Larra « que es excelente cosa sobre todo para el que no tiene otra ». Por otra parte, una vez decidido á « trans-

1. ... De todos modos Montaigne se guardará bien de competir con los doctos consumados de París, Cambridge, Heidelberg ó Rotterdam. Dejándolos gozar en calma del placer que procura el disputar metódicamente, ningún deseo abriga de usurpar los privilegios de que gozan, ni tampoco de suscitar su envidia. — Cénac Moncaut, *Histoire du caractère et de l'esprit français depuis les temps les plus reculés jusqu'à la Renaissance*, tomo III, pág. 427. París, 1868.

2. Este erudito refiere en sus *Cartas* (libro XVIII, § 1), « que habiendo encontrado á Montaigne en los Estados de Blois, en el año 1588, no le ocultó que había tropezado en muchos pasajes de su obra con un no sé qué del hablar gascón, y como no quisiera creerme, añade, le llevé á mi cuarto, donde tenía su libro, y allí le mostré muchas maneras de expresarse familiares, no á los franceses sino solamente á los gascones ».

cribir sus humores fantásticos », es evidente, dada la naturaleza de su espíritu (más rico en comentarios que alacena de cosas pasadas) y su género de vida anterior, que no se propuso nunca competir con Justo Lipsio, de quien fué amigo, ni con ningún otro humanista de su época. Con sus escritos no buscaba el renombre ni la gloria; ni siquiera por autor ni hacedor de libros se tenía, aunque en esto último se descubra más de un asomo de coquetería. Los infolios que constantemente manejaba bastábanle como tema de sus observaciones: los estantes de su biblioteca estaban bien repletos de selectos libros que suplían los contados vacíos de su excelente memoria, que Montaigne echa por los suelos, llamándola enteca sin motivo justificado.

Allí en su « librería », puntualmente descrita en el libro III de los *Ensayos*, instalada en el piso segundo de la torre de su castillo, transcurren todos sus días y casi todas las horas de cada día, dictando unas veces, leyendo y registrando otras sus autores predilectos, escuchándose vivir, observándose, comentándose y anotándose. Él mismo nos traza de su persona el retrato más minucioso y acabado: « Su traje es siempre negro ó blanco (detesta los colores abigarrados), bien abotonado, distante mil leguas de la moda, sobre todo cuando la moda tiene algo de molesto ó desmañado; si el tiempo es frío, el vestido será grueso, bien boatado, y bajo el colete perfumado encontraremos ya una pellica de liebre ó ya el plumón de buitre. Montaigne es friolero y se constipa fácilmente; principiando por resguardarse con un simple gorro, concluye por encasquetarse dos sombreros, uno sobre otro. No puede soportar los olores pestilentes, por lo cual lleva siempre colete y guantes perfumados

y un pañuelo igualmente saturado de esencias. A veces piensa en alta voz, y le ha sucedido sorprenderse injuriándose á sí mismo. Baila mal; no sabe trinchar; es torpe para plegar una carta, cortar una pluma y ensillar un caballo. Se impacienta por las cosas más insignificantes: por una chinela que le sienta mal, por una correa puesta del revés, jura por Dios; teme la escarcha, y gusta de la lluvia. Cuando descansa, tiene las piernas en el aire; frecuentemente se rasca una oreja. Ninguno de estos detalles se le queda en el tintero. La ciencia de la bucólica no le es indiferente ni mucho menos; gusta de los pescados y de las carnes saladas, mas no de la sal en el pan; la carne, la prefiere poco cocida, pero no dura. Como buen bordalés delicado en punto á vinos, nunca pudo habituarse á la cerveza. ¿Es acaso buen bebedor? Cuartillo y medio por comida le basta, con el aditamento de la tercera parte ó la mitad de agua. Mezcla su bebida dos ó tres horas antes de tomarla, y de esta tarea se encarga su copero. Es una costumbre que su padre le ha legado. Come con apetito envidiable, pero no gusta permanecer largo tiempo á la mesa, por lo cual se sienta algo después que los demás. Muchos manjares juntos, le disgusta verlos: forman una multitud como cualesquiera otra, y las multitudes le son ingratas. Come deprisa; á veces se muerde la lengua, otras los dedos y... Al llegar aquí muchos jueces se preguntan: ¿y qué nos importa todo eso? escandalizados de tan descomunal egotismo. Realmente poca cosa ó nada absolutamente. Pero ¿por qué leemos con tanta complacencia los *Ensayos*, donde todo ello está anotado¹? »

1. Bayle-Saint-John, *Montaigne the essayist, a biography*, tomo I. — Londres, 1882.

« La primera edición de los *Ensayos* apareció en Burdeos hacia el mes de marzo de 1580 en dos volúmenes de tamaño diferente y desigualmente compactos. Buscando descanso á su labor, así como para procurar á su curiosidad horizontes más dilatados, amplios y vivientes, Montaigne decidió viajar después de publicada. De París se dirigió á Alemania y luego á Suiza é Italia. » Ausentándose de su tierra el 22 de junio de 1580, permaneció de ella separado hasta el 30 de noviembre de 1581. Los pormenores de esta expedición consignólos en un *Diario de viaje*, descubierto y dado á luz en el siglo pasado, en dos volúmenes. El valor moral de este escrito, al entender de algunos críticos, es mayor que el literario: « Su interés es primordial para el conocimiento espiritual del viajero¹, el cual dicta y describe á lo vivo todo cuanto ve y le interesa por cualquier concepto, ó despierta su curiosidad y excita su comprensión. »

« El viajero es encantador: aplicado á verlo todo y á penetrarlo todo, viaja sólo por el placer de cambiar de tierras. Esta constante mutación forma sus delicias, y quisiera siempre marchar adelante: tan despierto está su espíritu y tan insaciable es su deseo de aprender. Todo le interesa, pues no ignora que todo espectáculo encierra en sí una enseñanza para quien de él sabe extraerla; por eso no se deja escapar nada y todo lo considera con la imparcialidad más invariable. Préstase de buen grado á las costumbres del país que atraviesa, á fin de mejor penetrar la manera de ser de sus habitantes. Lo que más le llama la atención, y lo que anota de preferencia son los rasgos particulares, las cosas menudas, los incidentes insig-

1. Pablo Bonnefon, tomo III, cap. VIII de la *Histoire de la Langue et de la Littérature française*, dirigida por M. Petit de Julleville, págs. 457 y 458.

nificantes de la vida diaria. Todo lo penetra á la carrera, tanto su espíritu se halla con el análisis familiarizado. Este *Diario de viaje* es el álbum de un artista en marcha; en él se encuentran todos los croquis y todos los bosquejos incoherentes tomados y anotados al acaso, cuándo y cómo se presentan.»

De la Lorena y la Alsacia encaminóse hacia Suiza, y luego atravesó Baviera para descender de nuevo al Tirol. El itinerario fué caprichoso, y por fin, descontento de no haber visto el Danubio ni otros muchos lugares que se había prometido visitar, tocó la tierra italiana internándose por Trento y Venecia, dirigiéndose hacia Roma y los baños de la Villa, que eran el término de sus andanzas, armonizando así con el interés de su instrucción los cuidados que su salud endeble exigía. Toda la grandeza y majestad de las ruinas romanas sentidas están en las páginas de este viaje, trazadas por una mano que desde la niñez acarició las obras maestras de poetas é historiadores, en la hermosa lengua en que fueron escritas.

Encontrándose en los baños de la Villa, el día 7 de septiembre de 1581 por la mañana, recibió de Burdeos la nueva de haber sido nombrado alcalde ¹ de esta ciudad el 1.º de agosto precedente. Este honor vino á desconcertar sus proyectos de viajero y á contrariar todos su planes. De regreso á Roma el 1.º de octubre, encontró la carta en que

1. Este cargo tenía por entonces cierto lustre é importancia política, que perdió luego, desde el siglo XVII, por haber dejado de ser electivo.

«En el ángulo septentrional que formaban las calles de los Mínimos y de las Minimitas estaba situada en Burdeos la residencia de Montaigne. Distinguiase de la otras casas del barrio por sus tejados, cubiertos de pizarra. Frente á este palacio, que era muy modesto, se veía aun no ha mucho un patio pequeño cuya entrada decoraban las armas de Montaigne.» — En 1843 escribía estas líneas el arqueólogo bordelés Bernadán. Se ignora la fecha precisa en que desaparecieron las huellas de esta vivienda; sólo se sabe, según tesifica otro anticuario de la misma ciudad, M. Millin, que existían todavía hacia el año 1811.

los jurados de Burdeos le notificaban oficialmente su elección y le rogaban cuanto antes el regreso. Mes y medio después se hallaba de vuelta en su castillo.

De buena gána se hubiera sustraído al honor que no buscaba y que de modo tan inesperado le salía al encuentro, pero la intervención del rey de Francia Enrique III, que le manifestó su voluntad de ver al nuevo alcalde «cumplir el debido servicio del cargo que le pertenecía», no le consintió ya dudar un momento. Acostumbrado más á la meditación que al gobierno de los hombres, Montaigne, como varón prudente, hizo penetrar en sus administrados la idea de que no habían de esperar de él grandes cosas, y les rogó, además, que en el solicitar fueran comedidos. Por fortuna los espíritus en aquel entonces tendían más que á la revuelta al sosiego y á la conciliación, y los dos años de alcaldía transcurrieron sin incidente alguno y á la satisfacción de todos; de tal suerte que en 1.º de agosto de 1583, fecha en que expiraba el período de su mando, fué elevado nuevamente al mismo cargo.

Esta segunda etapa fué más agitada que la precedente. Los partidos comenzaron á mostrarse desapacibles y el rey de Navarra (después Enrique IV) á dar muestras palmarias de sus deseos, bien que eligiendo á Montaigne como confidente le diese fe cabal de que sus intenciones no eran tumultuarias. El mismo príncipe le dispensó luego el honor de visitarle en su castillo mostrándole así el reconocimiento que por sus buenos oficios le guardaba, lo cual Montaigne consignó regocijado en sus *Efemérides*. Agravada por una parte la situación por la muerte del duque de Anjou que convirtió al rey de Navarra en heredero de la co-

rona de Francia, y por otra con la Liga, que por entonces comenzó á revolverse contra un príncipe hugonote, al cual rechazaba prestar obediencia, Montaigne acertó á ser leal á su rey sin que por ello perdiera la buena voluntad del de Navarra.

Montaigne anhelaba que el último día de su mando fuera llegado, bien que se mantuviera á la altura del vigor que las circunstancias exigían, cuando una terrible epidemia vino á agravar la situación que las discordias civiles habían creado. Los bordaleses huían á bandadas sin que ningún remedio acertara á retenerlos en la ciudad. Por aquellos días acababa la misión de Montaigne como gobernante, y precisamente se encontraba ausente de su ciudad en el momento del peligro. Esta circunstancia que no le echaron en cara sus contemporáneos, porque sin duda en ello no vieron motivo de censura, ha sido objeto de ataques y burlas de parte de algunos censores modernos. Sainte-Beuve, que fué maestro consumado en el arte de sacar todo el partido posible de las flaquezas de escritores vivos y muertos, sobre todo de los muertos, consagra á Montaigne funcionario público un artículo impregnado de ironía, por no haber afrontado serenamente las dificultades de su cargo hasta el último momento ¹. « ¿Hubo alguien, se pregunta, que en su tiempo le recriminara por esta ausencia? No veo ninguno. Él mismo, ¿creyó conveniente justificarse en los *Ensayos*? Tampoco. A lo que se ve, pensó que no había ninguna necesidad de ello. » « En su conducta, añade el crítico con malicia casi pérfida, reconozco el Montaigne verdadero, tal como siempre me lo he representado; con todas sus cualidades de hombre razonable, moderado, prudente, lleno de filosofía y sabi-

1. *Nouveaux Lundis*, tomo VI, págs. 238 y siguientes.

duría integérrimas, á las cuales falta sólo cabalmente aquello que no es ya la filosofía ni la prudencia, lo que se llama la locura santa y el fuego del sacrificio generoso. »

Sainte-Beuve, á quien seguramente las generaciones venideras no colocarán al par de ningún glorioso caudillo, hizo mal en ensañarse así con un filósofo que nunca encomió su bravura y menos aún su heroicidad. « Escritores muy expertos en el valor ajeno, escribe el señor Bonnefon, han condenado el proceder de Montaigne. Si su conducta está exenta de heroísmo, por lo que á la hombría de bien toca, nada tiene por qué censurársela ¹. »

En medio de la calma de su retiro sorprendieron á Montaigne los sangrientos espectáculos de la guerra civil. Su casa estaba situada precisamente en las inmediaciones del lugar donde los horrores no se daban tregua ni reposo. Guiena y Gascuña fueron el principal escenario de estas luchas, de las cuales nuestro autor dice « que llenaron de odios parricidas los esfuerzos fraternales ». Para un hombre en cuyos actos todos presidía siempre la moderación más extremada era ésta una situación difícil, imposible de sostener, y la indiferencia y apartamiento del combate más imposibles todavía.

La interpretación torcida de algunos pasajes en que Montaigne habla directamente ó alude á estas luchas entre hermanos, hizo creer á algunos que quien tan de cerca las veía hubiere preferido permanecer á ellas indiferente. Otros hubieran querido ver en Montaigne un héroe, ó que como tal se hubiera mostrado, sin considerar que el heroísmo guerrero y la filosofía se avinieron bien rara vez.

1. Obra citada, pág. 464.

Sainte-Beuve, que en su vida no dejó ninguna nuella de ardor bélico, se burla finamente del miedo de Montaigne, y para probarlo cita textos cuidadosamente escogidos.

Échase de ver, sin embargo, en los *Ensayos* que Montaigne hubiera querido sustraer su rincón de la tempestad, pero se engañó en sus predicciones cuando supuso que por no encontrarse su castillo fortificado tampoco había de ser asaltado, bien que el razonamiento que para de ello convencerse empleara pudiera inducirle á la tranquilidad: «La defensa, dice, atrae el ataque, y la desconfianza la ofensa. Yo debilité las intenciones de los soldados apartando de su empresa el riesgo de todo asomo de gloria militar, lo cual les sirve siempre de pretexto y excusa: aquello que se realiza valientemente se considera siempre como honroso cuando la justicia es muerta. Hágoles la conquista de mi casa cobarde y traidora; no está cerrada para nadie que á sus puertas llama, tiene por toda guarda un portero, conforme á la ceremonia y usanza antiguas, y cuyo cometido es menos el de prohibir la entrada que el de franquearla con amabilidad y buena gracia. Ni tengo más guarda ni centinela que la que los astros me procuran¹.»

Y más adelante añade: «A la verdad, y no temo confesarlo, yo encendería fácilmente una candela á san Miguel y otra al diablo, siguiendo el designio de la vieja; seguiré al buen partido hasta la metralla, mas exclusivamente si así lo puedo: que Montaigne se abisme con la ruina pública, mas si de ello no hay necesidad ineludible, agradeceré á la fortuna que se salve, y cuanto mi deber me lo consiente empléolo en su conservación².»

1. Libro II, cap. xv.

2. Libro II, cap. xv.

Quien así se expresa «no es un escéptico, ni menos un héroe¹». Montaigne vió con resignación su hogar saqueado y su tranquilidad ausente con resignación también, sin sublevarse ni exaltarse, lo mismo que soportó todas las desdichas de la vida. Lo que entre otras cosas le apartó de ser caudillo, aunque realmente de otro modo tampoco acaso lo hubiera sido, fué la escasa fe que le inspiraban sus adversarios, los que en provecho de la ventaja personal enarbolaban el estandarte de las cosas santas, aquellos á quienes en la lucha no guiaba el amor á su religión ni á su rey: «¿Cuántos, si los contáramos, encontraríamos entre los buenos? se pregunta. — Apenas el número suficiente para formar una compañía cabal de gente armada.»

Como hombre de su tiempo, se coloca abiertamente del lado del catolicismo y del monarca. Pero no por ello deja de tributar plena justicia á los talentos y virtudes de sus adversarios. Así en La Noue alaba la constante bondad, la dulzura de sus costumbres y la benignidad de su conciencia²; en Enrique de Navarra, la actividad y la bravura; en Teodoro de Bèze reconoce uno de los más grandes poetas de su tiempo, aunque semejante opinión escandalice al clérigo encargado en Roma de juzgar la doctrina de los *Ensayos*, llegando á ensalzar hasta los *pamphlets* de los hugonotes, «que proceden á veces de buenas manos, y

1. Montaigne, por M. Lanusse, pág. 68. Paris, 1895.

2. No hay ni una sola página de sus escritos en que no se sienta latir el corazón de un hombre honrado, y esto es sin duda lo que constituye en ellos el primer encanto. Se ve que se mezcló en las guerras civiles impulsado por los motivos más puros, obedeciendo á su conciencia, y como él mismo lo declara, «persuadido de que el buen ciudadano debe mostrarse celoso por las cosas públicas, mirar al porvenir y no resignarse á ir viviendo en medio de servidumbres deshonrosas.» — Augusto Trognon, *Etudes sur l'Histoire de France et sur quelques points de l'Histoire moderne*, págs. 274 y 275. Paris, 1836.

que es gran lástima no ver ocupadas en mejor empleo.»

Recogido en la biblioteca de su casa solariega, Montaigne empléose como siempre en sus meditaciones y lecturas. En esta época empezó el tercer libro de los *Ensayos*, más aleccionado todavía que en las precedentes por las enseñanzas de la existencia, y lo acabó de mediados de 1585 á los comienzos de 1588, haciendo además notables adiciones á los dos primeros libros y correcciones ligeras ó casi insignificantes al texto ya existente.

Sus últimos años transcurrieron así, modificando constantemente sus escritos, más bien adicionando que suprimiendo; permitiéndose con el lector libertades mayores, en el tercer libro sobre todo, á lo cual le convidaba «la liberalidad de los años» y «el favor del público» ya ganado, que le empujaron á ser menos tímido y «más arrojado», aunque en realidad nada había detenido nunca su pluma, á lo menos en lo tocante á la expresión de las ideas generales.

Montaigne murió cristianamente, en el año 1592, el día 13 de septiembre, en su castillo, cumplidos los cincuenta y nueve de su edad. Esteban Pasquier, que había sido su amigo, refiere así su fin, aunque de él no fué testigo ocular: «Acabaron sus horas en su casa de Montaigne, donde se le arraigó una inflamación en la garganta de gravedad tan grande que permaneció tres días enteros sin poder hablar. Por lo cual se veía obligado á recurrir á su pluma para expresar sus voluntades; y como sintiera su fin acercarse, rogó á su mujer por medio de un corto escrito, que llamara á algunos gentilhombres, sus vecinos, á fin de despedirse de ellos. Presentes que fueron, ordenaron decir la

misa en la cámara, y como el sacerdote llegara á la elevación del *Corpus Domini*, este pobre hidalgo se lanzó lo menos mal que pudo sobre su lecho, como á cuerpo perdido, con las manos juntas, y hallándose en este último acto de fe rindió á Dios su espíritu, que fué un hermoso espejo del interior de su alma. Dejó dos hijas: una que nació de su matrimonio, heredera de todos y de cada uno de sus bienes, que está casada en buena casa; la otra, su hija adoptiva, fué la heredera de sus estudios... Ésta es la señorita de Jars ¹, que pertenece á muchas grandes y nobles familias de París, la cual no se propuso jamás tener otro marido que su honor, enriquecido con la lectura de los buenos libros, y sobre todos los otros la de los *Ensayos* del señor de Montaigne ² .»

A la derecha del vestíbulo de la Universidad de Burdeos, se ve hoy su sepulcro. Es un monumento de piedra del más puro Renacimiento, con inscripciones de mármol: tendida sobre la tumba está la estatua de Montaigne, ceñido con su cota de malla, la cabeza junto al casco guerrero, los brazales á un lado y un libro á sus pies. Sobre la tumba hay grabadas dos inscripciones, griega la una y latina la otra. La primera es más altisonante que la segunda, cuya traducción es la siguiente:

Á Miguel de Montaigne, perigordano, hijo de Pedro, nieto de Grimond Remond, Caballero de la orden de San Miguel, ciudadano romano ³, exalcalde de Bur-

1. María de Jars, señorita de Gournay, nació en París en 1556; habiendo leído á los diez y ocho años los primeros libros de los *Ensayos*, su autor le inspiró una adoración verdadera. En 1588 conoció á Montaigne en París, y cuando éste volvió á Gascuña insertó en las adiciones manuscritas de su obra un elogio de su joven admiradora. (Véase lib. II, cap. xvii.)

2. Puede leerse su elogio en el lib. II, cap. xvii, al final.

3. Este honor le fué otorgado durante su viaje á Italia.

deos. Hombre nacido para gloria de la naturaleza, cuya dulzura de costumbres, fineza de espíritu, facilidad, de elocución y puntualidad en el juzgar fueron consideradas como por cima de la humana condición; que tuvo por amigos á los soberanos más ilustres, á los más grandes señores de Francia, y hasta á los caudillos del partido extraviado, aunque él fuera de condición mediana; religioso observador de las leyes y de la religión de sus mayores, á las cuales jamás infirió la más leve ofensa; que gozó del favor popular, sin adulación ni injuria, de suerte que, habiendo hecho siempre propósito en sus discursos de una cordura fortificada contra los ataques del dolor, después de haber á las puertas de la muerte luchado con esfuerzo contra los ataques enemigos de una enfermedad implacable, nivelando, en fin, sus escritos con sus acciones, hizo con la gracia de Dios una hermosa pausa á una hermosa existencia. Vivió cincuenta y nueve años, siete meses y once días, y murió el 13 de septiembre del año 1592 de nuestra salvación.

Francisca de Lachassaigne, llorando la pérdida de este esposo fiel y constantemente amado, le erigió este monumento, prenda de su dolor ¹.

Bien que sea discutible el que sus acciones fueran siempre de par con sus escritos en todos los respectos, Montaigne, como san Agustín, pensaba que las pompas funerales «servían menos para tranquilidad de los muertos que para el consuelo de los vivos ²».

Tampoco de la historia merecieron el dictado de grandes todos los monarcas, bajo cuyos reinados vivió el autor de los *Ensayos* ³. Sólo á dos puede aplicárseles, á Francisco I y á Enrique IV, y eso que al primero le pesó demasiado la coro-

1. Cuatro meses después de la muerte de Montaigne, su viuda solicitó y obtuvo que sus restos fueran trasladados á la iglesia de los Bernardos de Burdeos.

2. Lib. I, cap. iv.

3. Fueron éstos: Francisco I, Enrique II, Francisco II, Carlos IX, Enrique III y Enrique IV.

na; pero es cosa sabida que aquel epíteto á nadie se escatimó nunca menos que á los soberanos, y menos que en lugar alguno en sepulcros é inscripciones.

II

Como en literatura es más frecuente y menos costoso proveerse de juicios ajenos que formarlos propios con la lectura de los autores de quienes se habla, vemos que las mismas ideas y los mismos pareceres se repiten sobre un escritor con monotonía desesperante, aunque á veces vayan diluidos con colores de frágil intensidad y en apariencia semejen nuevos. Esta mala costumbre de hablar de oídas, que no domina solamente en las gentes superficiales, perezosas de espíritu ó de alcances cortos, es más generalmente seguida cuando se trata de los grandes espíritus de otras épocas, quienes parecen infundir cierto temor al formular juicio sobre ellos, tanto pesa sobre nosotros la aprobación de los siglos y la costumbre de verlos por otros grandes hombres ensalzados.

Así de Montaigne viénese de remotos tiempos repitiendo la conocida frase de Pascal, que luego repitió La Bruyère y en que La Harpe y cien otros críticos posteriores se fundamentaron para decir que los *Ensayos* son del principio al fin una conversación con el lector, llegando á escribir algunos que el tono y el diapasón del hablar permanecen constantes, sin fijarse en que Montaigne diserta cuando le acomoda, perora, refiere anécdotas entresacadas de sus numerosas lecturas, que comprenden toda la antigüedad tal y como en su tiempo se comprendía, y se comprendía bien, y hasta se eleva á la elocuencia más suprema en el capítulo

más famoso del libro II, en la *Apología de Raimundo Sabunde*.

Verdad es que pocos autores han escrito con naturalidad mayor y menos son todavía los que formularon verdades sobre el hombre y la sociedad con mayor sencillez ni con llaneza mayor. Por eso madame de Sévigné, que también escribió siempre sin asomo alguno de hinchazón, y por consiguiente tuvo cualidades sobradas para juzgar el espíritu de Montaigne, decía de él: « ¡Cuán grande es su amabilidad y cuán exquisita su compañía! Es mi antiguo amigo, y á fuerza de serlo para mí es completamente nuevo. ¡Dios mío! ¡Cuán intenso es el buen sentido de que su libro está repleto! »

En la literatura francesa del siglo XVI y en toda la historia del espíritu francés descuellan los *Ensayos* como obra sin par y característica, de tal suerte que su autor ni tuvo antecesores ni tampoco descendientes; y puede asegurarse, además, que en el talento de Montaigne hay algo que se desvía del carácter general del espíritu de su nación, lo cual no es mucho aventurar recordando que Montaigne es un escritor aislado, y que en sus venas había sangre sajona ¹ y española. La gracia y el buen sentido desbordantes en la obra de Rabelais y en los espíritus de otro temple que le precedieron, en nada son comparables al carácter de los *Ensayos*.

Pocos escritores hubo jamás colocados en condiciones más adecuadas para dotar al mundo de una obra original y genial. Educado no sólo intelectual sino físicamente por un padre cuyos cuidados solícitos Montaigne ha transcrito á la posteridad en el célebre capítulo de la *Educación*; lanzado casi en plena adolescencia en la carrera

1. Véase tomo I, pág. 514.

del mundo y de los empleos públicos, que en toda época fueran más asequibles á la nobleza, y Montaigne era noble; frecuentador del trato de los reyes y de los grandes y por último viajero curioso, sólo se determinó á manejar la pluma cuando creyó conocer á los hombres, y los estudió para mejor conocerse y sondearse á sí mismo, haciendo á los treinta y nueve años propósito decidido de recogerse en su casa para poner por escrito las que él nombraba « sus fantasías ».

Esta ocupación que nuestro autor llama secundaria, aun cuando al pie de la letra no debamos otorgarle crédito, duró nueve años, con intermisiones largas y cortas, de 1571 á 1580. La primera edición de los *Ensayos* apareció, como queda dicho, en 1580, con escasas citas latinas y menos texto que la segunda de 1588, en que incluyó los tres libros tal y como hoy se leen. Modificando y aumentando sin cesar, y nunca omitiendo, Montaigne tuvo á la vista su obra casi hasta la hora de su muerte. Amor bien justificable á pesar del desdén que en algunos pasajes simula por sus escritos, y á pesar de que diga que escribió sólo para que los que en vida le conocieron mantuvieran más dilatado su recuerdo y más veraz.

Si examinarse es progresar, como escribe un crítico moderno, jamás en ninguna literatura hubo un espíritu comparable en progresos al de un hombre cuya vida no tuvo otro fin que el estudio de su propia alma; que no se inquiere de lo que le circunda sino para mejor profundizarse, y que hasta las afecciones y los goces, á que todos nos entregamos por instinto, los pesa, mide y tantea como un ingeniero cuando ejecutó el trazado de un plano, ó como un químico cuando descompone un cuerpo. Envidiable facultad que pocos poseen y éstos

pocos menos aun tratan de perfeccionar ni de cultivar, y medio eficaz cual ninguno de ser en todo momento dueño de sus acciones, de gobernarlas y de gobernarse, y de alcanzar todo el supremo saber que al hombre es dado poseer. En vez de vivir la vida, la vida nos arrastra sin consentir que nos demos cuenta cabal de nuestros actos en medio de su torbellino voraginoso.

Tal no fué el caso de Montaigne, quien sin embargo vivió en una época de guerras sangrientas, en que todos los espíritus andaban alborotados y locos ¹, lo cual hace más admirable y más singular su espíritu, habiendo contribuido por otra parte á que se le haya aplicado el dictado de egoísta. Un hombre así, en quien por añadidura se juntaba una dosis no pequeña de duda é indecisión permanentes, debía ser poco apto y menos inclinado al ejercicio de los públicos empleos, que jamás codició y que sólo á viva fuerza aceptó por no desobedecer á su rey, á quien seguía sólo por aceptar lo establecido, como viviera en la convicción de que esto es lo menos malo y que aquello con que se lo sustituye empeora lo que antes había.

El autor de las *Cartas persas* califica de poeta á Montaigne ²; éste no hubiera gustado gran cosa del dictado, aunque bien lo merece si con él Montesquieu quiso significar la plasticidad con que exterioriza hasta lo más recóndito de su alma, las imágenes que sin intervalo se suceden en su prosa, sea cual fuere el asunto de que hable (la amis-

1. Casi todos los escritores del siglo xvi en Francia nacían hombres de acción y muchos fueron ambas cosas. Del Bellay se destinaba á la carrera de las armas, Ronsard á la diplomacia: las enfermedades los encaminaron al estudio.—Pablo Stapfer.

2. «Los cuatro grandes poetas: Platón, Malebranche, Shatesbury, Montaigne.»

ad, la gloria, la muerte), sugeridas por todos los objetos del mundo material, que sin retroceder ante ninguna, se amontonan y avasallan en los *Ensayos*. Todo lo cual hace que Montaigne hable de las ideas cual si fueran objetos que se tocan y se ven, merced á la ejercitación en todos sentidos que de su estilo había practicado, como escribe Villemain ¹.

Amamantado desde niño en los escritos de la antigüedad, familiarizado con la lengua latina antes que con la propia, hasta el extremo de ser adversario temible de los humanistas más afamados, quienes temían conversar con él en esa lengua, en su libro se encuentra la quinta esencia del saber de griegos y romanos, viviente y metamorfoseado, acomodado al hombre de todas las épocas y de todos los tiempos, fiel retrato y reflejo palpitante de las humanas fortalezas y flaquezas. Los adversarios de Montaigne en el siglo xvii, que para rebajar su mérito dijeron que sin los antiguos nada quedaba que valiera la pena en los *Ensayos*, no pudieron imaginar herejía mayor. Invítese al hombre más conocedor de la antigüedad clásica á que escriba el capítulo más endeble de los *Ensayos*, al hombre mejor provisto y amueblado de todo el saber de las civilizaciones griega y romana, y de seguro que no alcanzará de cerca ni de lejos á imaginar nada comparable.

Sin duda que Séneca y Plutarco ², los autores que con mayor asiduidad se ven citados por Montaigne, son los que más honda huella ejercieron

1. *Elogio de Montaigne*. París, 1812.

2. ... Mas de Plutarco me deshago difícilmente: es tan universal, tan cabal y tan cumplido, que en cualesquiera ocasión, sea cual fuere el asunto extravagante que traigáis entre las manos, se ingiere en vuestra labor tendiéndoo una liberal é inagotable de riquezas y embellecimientos. Me contraría el que se vea tan expuesto al saqueo de los que le frecuentan, y por poco que yo me acerque no lo dejo sin arrancarle muslo ó ala.—Lib. III, cap. v.